

FUNDACION TATIANA

“La educación fotografiada. Ensayo a partir de una imagen”



Fotografía tomada frente a la fachada del edificio de la Real Universidad de Henares el día 16 de diciembre de 2022.

**D^a. PAULA SÁNCHEZ GIL, alumna de doctorado,
Facultad de Formación de Profesorado y Educación,
Universidad Autónoma de Madrid**

FUNDACION TATIANA

“Detente viajero: esta que ves solar de la academia complutense, fue casa de estudios fundada por el Cardenal Cisneros. Durante siglos pasaron por ella quienes luego serían gentes ilustres: príncipes, obispos, nobles, letrados en mil saberes y ciencias. A todo el orbe hizo llegar su fulgor. Llevada a la villa madrileña, vacías quedaron sus aulas, vacíos sus patios. Hoy, tras años de abandono e injuria, renovada florece”.

Con este texto recibe al viajero¹ la Universidad de Alcalá de Henares, la antigua Universidad Complutense. Este recibimiento incita a quien se decide a tomarlo en consideración a pausar sus pasos, a posponer su visita. O por lo menos a dilatarla en el tiempo. El texto, leído en esa tipografía tan característicamente cisneriana, suscita preguntas, reflexiones, cuestiones tan presentes hoy como entonces acerca de qué es educar, a quién se dirige el acto de educar, cuál es el objeto del acto de educar.

El viajero que se aventura a hacerse estas preguntas (y que asume la valentía de buscar respuestas) estará condicionado, sin duda, por el hecho de encontrar este texto en los muros de la que es una de las más antiguas universidades de España. El imponente edificio es un escenario suficiente en sí mismo para instar a la reflexión. Seguramente haya miradas que, interpeladas por el mensaje que da acceso,

¹ Usamos el término “viajero” para respetar el original y con toda la intención de abordar lo genérico en masculino. Mantendremos este genérico a lo largo de todo el texto para ser coherentes con el mensaje original en el que se basa, aunque sabemos que el lenguaje inclusivo exige el uso del femenino para visibilizar a todas las mujeres a las que, por supuesto, también se refiere este texto. Hacemos alusión a ello en las líneas que siguen y que hablan de las viajeras que jamás se habrán encontrado delante de un muro perteneciente a un espacio, el universitario, al que ni siquiera han tenido acceso.

FUNDACION TATIANA

precisamente, al Patio de Filósofos, se planteen el lugar que los saberes y las ciencias ocupan hoy en la Universidad. No serán pocas las que, repelidas por un texto que alude a príncipes, obispos y nobles se retracten en la crítica hacia una institución que escribía ayer en barro, hoy en piedra² los nombres de quienes ostentaron el privilegio de dedicarse a la Filosofía y a las letras mientras tantos otros se veían privados de los saberes más básicos.

Muchas se preguntarán cuántas viajeras se habrán detenido y habrán podido leer este mensaje, cuántas que no tuvieron nunca la oportunidad de ser príncipes, obispos, nobles y letrados se habrán quedado al otro lado del arco, alejadas de todo cuanto excediese la casa y a los hijos. Cuántas habrán ignorado el contenido de este edificio desde esas puertas para adentro donde han ejercido históricamente los cuidados y donde, invisible, se ha ejercido el infatigable trabajo de sostener a las familias. Cuántas se habrán hecho pasar por ellos, por los dignos de ser llamados “gentes ilustres”, para traspasar los muros y acceder a sus aulas y sus patios. Cuántas habrán cedido sus saberes, su trabajo y hasta sus nombres para poder leer y ser leídas.

El mensaje, es, sin duda, una llamada poderosa a pararse. El acto de detenerse toma especial valor en un momento histórico en el que se nos reclama precisamente avanzar, y no como una decisión expresa sino como un hecho inevitable que además deviene en una existencia llena de cambios y reajustes (Herrera y Ochoa, 2022). Avanzar porque no

² Hacemos alusión a la inscripción que se encuentra en el Patio de Santo Tomás de Aquino, que reza en latín: “EN LUTEAM OLIM CELEBRA MARMOREAM”, “Antes en barro, ahora en piedra”.

FUNDACION TATIANA

es posible no hacerlo, avanzar porque es la única forma de existir, aquella que nos fuerza a plantearnos qué será lo siguiente y a decidir cómo enfrentarlo. El avance, se nos dice, es la única forma de permanecer, y resulta curiosa esta contradicción que va más allá de lo físico porque el viajero que no se detiene ante el muro posiblemente no tenga la oportunidad de reflexionar sobre todo aquello que contiene. Y curiosamente, en su veloz camino hacia adelante que busca dejar atrás lo que no quiere consigo, estará condenándose a sí mismo a perpetuarlo.

Esta forma de existir, este emplazamiento a adelantarse, a hacer camino al andar, se ha traducido en dos imperativos que condicionan muchas de las acciones que se emprenden en todos los ámbitos, incluido el educativo. En primer lugar, el imperativo del movimiento, el que nos advierte de que pararse es someterse a lo estático, es anclarse y condenar a la humanidad a una renuncia al progreso de resultados impensables. En segundo lugar, el de la urgencia, el que añade que el movimiento no solo es necesario, sino que es imperioso, y si es grave renunciar al progreso cuánto más lo será cuando el valor de sumarse a él reside en hacerlo al ritmo que marcan los tiempos.

Detengámonos en estas dos exigencias: la del movimiento y la de la urgencia. Si se piensa en ambos términos en conjugación es posible que se proyecten imágenes catastrofistas. Cuando se necesita una reacción rápida, un impulso veloz, es porque la amenaza es grave. Asumir la existencia como análoga a la amenaza tiene implícitas consecuencias paralizantes. Primero, porque nos lleva a entender el futuro como un riesgo permanente y un camino hacia la inestabilidad (Tedesco, 2007), y este es el mejor

FUNDACION TATIANA

caldo de cultivo para la desesperanza. Aquello que se da por imposible antes de haberse imaginado termina por no ser siquiera pensado, y aquellos que asumen su incapacidad para pensar acaban por renunciar a ello.

Segundo, porque la incapacidad para pensar, la desesperanza como estrategia para confrontar las dificultades se traduce en una sensación de impotencia colectiva. Conservarse a uno mismo a sabiendas de que con ello se está contribuyendo a no resolver los problemas es el primer paso para claudicar ante la posibilidad de imaginar una forma de existencia que no contenga esos problemas. O que al menos contenga otros.

Es un círculo perverso: como el futuro se imagina como un peligro para la humanidad, los seres humanos se paralizan ante la idea de que llegue. Como se paralizan pierden la capacidad de imaginar un futuro que no suponga un peligro, y esto les convierte en incapaces de hacerle frente. Saberse incapaces les hace temer el mañana, que en la indefensión supone ese peligro que imaginan. Y vuelta a empezar.

Si llevamos estas imágenes a la fotografía de ese viajero que se detenía en el muro, nos encontramos a un sujeto que teme pararse ante él porque eso le sitúa en el riesgo de mirar de frente a lo que hay al otro lado y ser consciente de ello. Ser consciente de un riesgo que enfrentar sabiéndose, además, incapaz de hacerlo. Entiende, por tanto, que la solución más eficaz ante esa urgencia que no puede solventar es eludir la parada y tratar de escapar, transitar veloz patio tras patio hasta alcanzar la salida. Porque la salida es, obviamente, la única opción que contempla: una vida a la intemperie (Pagés,

FUNDACION TATIANA

2023) como única opción. Lo que ese viajero no sabe (y no lo sabe no porque sea ignorante, sino porque, impelido por la urgencia, no se ha hecho las preguntas adecuadas) es que un viaje no es un camino hacia la salida sino un camino hacia el interior.

Pero, ¿qué significa que el viajero crea que la solución es la salida? Y aún más, ¿qué ocurrirá cuando entienda que no es posible el escape, que no hay un “afuera” al que aspirar? ¿Cómo podrá aceptar la permanencia como un símil del avance a sabiendas de que no existe un lugar hacia el que avanzar, sino que cualquier avance debe ejecutarse en el mismo lugar en el que se permanece?

Efectivamente, la única estrategia es certificar el caos. Es abrazar el desconcierto, el desgobierno. Es renunciar a una forma de orden en la que podamos organizarnos y relacionarnos oponiéndonos a aquello que nos limita. Es renunciar al mismo derecho de emancipación, es declararnos abiertamente incapaces. Es aceptar que no nos detenemos en los muros no porque elijamos no hacerlo sino porque no estamos hechos para hacerlo. O porque los muros nos superan. O porque los viajeros somos esencialmente incapaces de gestionar nuestros propios viajes. Cuando esto se constata, se asume el hecho de viajar renunciando a ser viajeros. Se trata de renunciar a nuestra misma esencia.

La educación es hoy esclava de esta forma de avance que se traduce en una actividad acelerada (Morales y Rodríguez, 2022), está sujeta a un flujo apremiante que insiste en la necesidad de marchar hacia el futuro. Como si pudiéramos asomarnos a la posteridad

FUNDACION TATIANA

y volver de nuevo al ahora para tomar buenas decisiones, o si no buenas, al menos mejores que las que hemos tomado hasta ahora. Como si el futuro no fuese a llegar a su propio paso, como si, al estar hoy en el mundo, no estuviésemos ya tejiendo el mañana. Un futuro que, además, contendrá toda clase de riesgos a los que hacer frente (Longueira et al., 2018), aún a pesar de saber que nos superarán.

Educarse se ha convertido en un intento desesperado de cambiar eso que entendemos como ya escrito y que asumimos que nos llevará a la fatalidad. Es, además, hacerlo concibiéndonos como impotentes, como caóticos, como ineptos en la tarea de abarcar aquello que nos corresponde y que, sin embargo, nos excede. Es lanzarnos a un viaje entendiendo que el propio viaje es superior a nuestras fuerzas o, lo que es peor, a nuestras capacidades. Es haber visto los muros, saber que están ahí, que nos exigirán que nos detengamos y que no podremos hacerlo porque nuestro objetivo es salir cuanto antes de un lugar que, además, no tiene salida. Es saber nuestro proyecto muerto antes de haber nacido. Es lógica la desesperanza, la impotencia, la frustración.

La urgencia desmedida en educación por anticiparnos y generar hoy soluciones para los problemas venideros parte de esta concepción del futuro como una catástrofe y del presente como su fase germinal (aunque posiblemente y como viene ocurriendo durante siglos, los problemas del mañana no serán otros que los que vivimos hoy tomando las formas que tomen los problemas de la época siguiente). A pesar de que el pensamiento colectivo nos conciba como esencialmente impotentes, en el ámbito educativo, casi por inercia, entendemos que hemos de asumir una estrategia desde la cual sacar al

FUNDACION TATIANA

alumnado vivo del presente (Thoilliez, 2022). Y actualmente las estrategias se encuentran abiertamente polarizadas.

Por un lado, están quienes ante un posible cataclismo se entregan sin condiciones a todo aquello que prometa, de forma más o menos convincente, ciertas garantías de éxito a corto o medio plazo. No niegan que el apocalipsis vaya a llegar, pero entienden que, mientras llega, será posible existir en él durante un tiempo determinado e incluso beneficiarse de sus estructuras. La actualidad es, a sus ojos, un espacio de entrenamiento para el futuro (Rovirosa, 2014). Quienes se educan, piensan, son una esperanza para esta humanidad condenada a fagocitarse pero que podrá alargar el proceso si sabe aprovechar los recursos. Quienes educan, determinan, lo hacen porque saben que es la vía más eficaz para construir el porvenir y prolongar el tiempo de vida útil. Para mejorar aquello que ninguna otra generación ha podido o ha sabido mejorar, para tener una última carta que jugar, para crear espacios que nos mantengan a salvo de todo lo doloroso de este mundo mientras ese dolor sea manejable.

Para todo ello, defienden, se han diseñado las escuelas, las instituciones responsables de articular el acto educativo como un acto social (Savater, 2001). La escuela por la que apuestan se constituye como un laboratorio de prácticas que a través del ensayo-error va proporcionando herramientas que puedan tender puentes hacia esa ralentización del fin superándose constantemente a sí misma como institución. Su labor educativa se trata, por tanto, de desafiar desde la escuela todo lo que la escuela ha sido hasta ahora (Luri, 2020), se trata de la tarea constante de crear algo nuevo justificándose

FUNDACION TATIANA

en que la institución escolar debe ser la solución, no una parte del problema. Proclamas sonoras, sin duda, pero vacías cuando se componen solo de buenas intenciones que, presas del pánico, legitiman cualquier opción que parezca comprometida con la destrucción de lo conocido.

Por otro lado, están quienes, en su afán por no dejarse llevar por la corriente se anclan al ayer, a esa nostalgia que engaña a la memoria repitiendo de forma mecánica que cualquier tiempo pasado fue mejor, o al menos no fue tan malo como el presente. La estrategia de mirar hacia atrás para no tener que mirar hacia adelante tampoco niega la hecatombe, sino que nos recuerda que ya antes tuvimos conatos de catarsis y pudimos sobrevivir a ellas. Ya hemos logrado prolongar el tiempo de descuento varias veces. Por qué no íbamos a hacerlo esta vez, y por qué no iba a funcionar aquello que entonces pareció ser eficaz.

Asumen la debacle, pero no se oponen a ella, sino que la lamentan como producto del deterioro humano. El único valor humano reside a sus ojos en ser consciente de ello. La tragedia, piensan, solo llegará realmente cuando no haya una memoria para heredar y cuestionar, para reflexionar sobre ella y recordar (Arendt, 2018).

En su caso la última carta no es una carta nueva, es la carta que se usa cuando se sabe la jugada perdida pero no se renuncia a permanecer en la partida porque no se aspira a ganar sino a revivir jugadas pasadas. Se olvidan así de que es esa carta, esa jugada para permanecer la que, repetida una y otra vez, nos vuelve a colocar en la misma posición de fracaso.

FUNDACION TATIANA

Las escuelas en su caso no son laboratorios de innovación sino espacios custodios del tiempo. Se constituyen como aquellos que, permaneciendo inalterables, conservando sus estructuras, se encargarán de legar todo el conocimiento adquirido. Aquellas que velarán porque esa última carta no se pierda, pues el valor de la carta es su misma condición y no necesariamente el objetivo para el que se ponga en juego. Se trata de llegar a la partida final con una jugada preparada, qué importa si es o no la ganadora. Si todas las generaciones han jugado la misma mano y hemos llegado hasta aquí, ¿por qué despreciar el atajo? ¿No tienen derecho los jugadores de todas las generaciones a experimentarla? ¿Qué sería de un jugador sin estrategia de juego, cómo podría llamarse a sí mismo jugador? Garantizar al menos un envite se convierte en el objetivo de quienes solo confían en las tretas que conocen.

La loable intención de no dejar al albur de los acontecimientos el destino humano no está exenta de asumir la derrota, como hemos visto en ambas posturas. Entender que no es posible la rendición sin emprender la última batalla es tan comprensible como defender que todo lo bueno que con el paso del tiempo hemos atesorado, hemos cuidado y protegido y hemos ofrecido como legado no debe dejarse perder. Sin embargo, si abrazar cualquier propuesta que prometa evitar el caos es solo una pretensión de escape, la mera transmisión no es suficiente si se trata solo de retrasar lo inevitable y llegar al final con el tesoro intacto. No se trata de renunciar a la herencia, sino de preguntarse cuál es el fin último de la conservación de un legado.

FUNDACION TATIANA

Quedémonos en esta última idea, la de proteger un legado como forma de permanencia, la de renunciar a la idea de que existir implica escapar del futuro. Querer trascender es consustancial al propio ser humano y querer hacerlo sin renunciar a todo lo aprendido es lo contrario a asumir la educación como una labor desinteresada. Es comprometerse con el progreso y, a la vez, con el trabajo férreo y constante por preservar lo valioso. Sin embargo, si una prosperidad que implica un impulso desmedido por avanzar nos podía llevar a la irreflexión, el celo con el que se pretende resguardar de las tendencias y las modas lo que se quiere dejar en herencia se puede traducir en un conservadurismo hueco. Nos puede conducir a idealizar lo acontecido y a desdibujar las líneas de lo que debe mejorarse para fortalecer las de aquello que debe permanecer solo por el hecho de que permanezca.

Si aceptamos por tanto el movimiento como forma de existencia nos instalamos en la firme creencia de que de nada sirve la acumulación cuando la incertidumbre nos obliga a soltar lastre casi por definición, cuando la historia ha demostrado que nada permanece, que todo se transforma. Pero si nos identificamos con la resistencia al flujo de las modas y las tendencias nos apoyamos en lo opuesto, en lo necesario de un bagaje atesorado, por básico que este sea, que nos sirva como arma y escudo ante esas incertidumbres y que nos garantice que cuando no sepamos hacia dónde ir, al menos podremos mirar hacia dentro y saber quiénes somos en función de aquello que decidimos preservar.

En ambos casos estaremos aceptando el dinamismo que determina la urgencia. Si educar es asumir la existencia de estas dos necesidades, la de acometer un camino y la

FUNDACION TATIANA

de no dejar atrás el que ya se ha recorrido, ¿qué queda entonces entre estas dos perspectivas? ¿Es la crítica a ambas una forma de abrazar la equidistancia? Ni mucho menos. Aceptar el progreso ejerciendo una necesaria labor de conservación es, precisamente, decidir en qué puerto recalar. Es reconocer la existencia de los muros que nos van a instar a detenernos y aproximarnos a ellos con la firme determinación de dejarnos interpelar por sus preguntas. Es entender el legado como un conjunto de posibilidades que permite al ser humano no permanecer ni dejarse llevar, sino actuar en su realidad (Sanmartín, 2023).

Por eso establecer un diálogo con ambas perspectivas es lo contrario a la neutralidad. No solamente porque asumir su existencia es una de las formas de confrontar lo que existe al otro lado de los muros, sino porque también implica el coraje de dejarse preguntar cuando nos encontramos ante ellos. Es asumir que educar es reconocer la existencia como un viaje hacia adentro que interpela a todos los viajeros y a sus semejantes.

Entender que no es posible esquivar los conflictos y, fruto de ello, esperanzarse con la confrontación colectiva de los mismos, es rechazar tanto la desesperanza como la impotencia, es lo contrario a la complacencia (Hargreaves, 2003). Es sabernos no solo capaces sino insumisos, es ubicarnos en el lugar de quien tiene las herramientas y está dispuesto a utilizarlas porque sabe que esa conjugación, la de conciencia y acción, es a un mismo tiempo una oposición a la parálisis y a la fuga. Es asumir el coraje de poner

FUNDACION TATIANA

las herramientas propias, acuñadas a lo largo de sucesivas paradas ante los muros, al servicio de los demás viajeros.

Este diálogo no es bidireccional, educadores frente a educandos, sociedad frente a educandos, educadores frente a sociedad. Estamos ante una conversación en la que participan todos los agentes, educadores y no, que conviven en un contexto que ha asumido la urgencia desmedida. Una urgencia que, como es lógico, interpela a cada agente de una forma determinada en la medida en la que sus exigencias se suman a otras exigencias socializadas con la misma naturalidad con la que se ha asumido todo lo expuesto hasta ahora. De esta forma las escuelas, el brazo de la educación institucional, se han encontrado inmersas en ese contexto en el que la práctica educativa se ha traducido en “hacer las maletas” y a los maestros y maestras se les ha empujado a planificar los equipajes.

Hacer las maletas implica hacerse preguntas acerca del *qué*: qué llevar, qué dejar, qué será más o menos útil. Cuando las preguntas se ciñen a un *qué* en términos de utilidad, las respuestas son, obviamente, utilitaristas. Así es como la escuela se ha convertido en custodia de los saberes, de los procedimientos, de los valores, pero solo en la medida en que estos puedan ser rentables en el destino final. Sabiendo que tanto los partidarios de entregarse a las promesas del futuro como los de anclarse a los éxitos del pasado aceptan que el apocalipsis está por llegar, su única divergencia reside en decidir qué será más provechoso, si lo que invita a recordar o lo que invita a pronosticar. Pero no cuestionan que la escuela sea un simple maletero.

FUNDACION TATIANA

Un maletero donde a ese *qué* responde una conversación tan interminable como ineficaz basada en preguntas dicotómicas: el saber, ¿se transmite o se extrae? ¿Se acumula o se olvida? Lo que se sabe, ¿se puede aprender o se debe descubrir? ¿Se transfiere o se facilita? Dentro de ese litigio se encuentran también las dudas sobre qué se debe saber y qué no, se plantea si los saberes son temporales o atemporales, si hay algunos que merece la pena que sean olvidados porque ya no son útiles a los fines futuribles. Y en ese contexto utilitarista, para qué merecería la pena conocerlos, para qué, si se van perder porque no tendrán cabida en las maletas.

Mientras las posturas nostálgicas sostienen que todo saber al que se ha accedido debe ser acaparado, protegido, salvado de cualquier injerencia, las posturas futuristas determinan que el saber ocupa lugar, pero no en la maleta, sino los dispositivos móviles, y que nos encontramos ante un momento en el que la accesibilidad de la cultura no conoce precedentes (Ibáñez et al., 2022) ni deberá ser transmitida mientras no sea productiva. No es necesario conocer de antemano, sin contexto, lo que todavía no es útil y quizás nunca lo sea. El día que sea necesario, si llega, será más importante tener un lugar en el que consultarlo para decidir si incorporarlo al equipaje.

De esta forma se asume a los maestros como ejecutores de esa tarea que es movilizar el *qué*. Como buenos asistentes (a veces incluso virtuales), para poner en marcha un *qué* deben también explorar el *cómo*. Por eso se les ubica en una posición en la que una vez que la utilidad de los saberes ha quedado definida se trata de encajarlos en la maleta de la mejor manera posible. Que quepa la mayor cantidad en el menor espacio, que no

FUNDACION TATIANA

haya huecos. Que se lleven en el equipaje solo lo imprescindible, ni un elemento accesorio. Que el equipaje sea ligero pero contundente, que estén preparados para cualquier inclemencia, para cualquier circunstancia. Que todos lleven lo mismo, pero que cada uno lo lleve colocado de una manera. Y que la garantía de éxito sea total.

Aquí los partidarios del avance sin condición y los del anclaje sin reservas vuelven a estar de acuerdo: entienden que es inevitable el devenir de los tiempos y que este requerirá que estemos preparados. Que los docentes deberán ser quienes muestren los procedimientos para que todos y todas estén equipados. Su única divergencia reside en determinar cuál es ese *cómo*, qué formas toma. Si esta colocación, esta cantidad, esta forma será o no la más indicada. Si hay otros sistemas más eficaces, más eficientes, más sólidos para hacer las maletas. Si los rankings determinan que en este o en aquel país hay procedimientos sobradamente demostrados. Si nos estamos quedando atrás o si vamos a la cabeza. Otra vez sus intenciones son buenas pero vacías de lo que de verdad importa.

En la práctica, ese *cómo* y las cuestiones que se han originado alrededor de él han llevado a una delirante batalla en la que el objetivo es determinar cuál es el mejor método. Métodos vivenciales, métodos expositivos, métodos indagatorios, métodos memorísticos, métodos activos, métodos que se hacen más importantes que el propio conocimiento para que el existen al entenderse que son en sí mismos una fuente de bienestar (Villalobos-López, 2022). Un docente no es sino su método. Los métodos parecen una suerte de organismos que colonizan los cuerpos y dictan todos sus

FUNDACION TATIANA

movimientos y sus reacciones sometiendo su voluntad a la de la pervivencia del propio organismo. A la pervivencia del método, porque se entiende esta como la única herramienta para que un docente sobreviva a su propio contexto (Imbernón, 2001).

La combinación de *qué* y *cómo*, de saberes y métodos, se ha erigido como el combo perfecto, o al menos el más ajustado a la condición de emergencia, pero cuánto más inapropiado es el debate si además hemos asumido, lo reconozcamos o no, que los propios viajeros, no importa pertrechados con *qué* ni ayudados *cómo*, serán incapaces de asumir los desafíos del viaje. Cuánto más si además pensamos que el viaje será una forma de asumir la extinción. Si sabemos que es una carrera sin objetivo más allá del de la propia pervivencia, si aspiramos a desaparecer los últimos o a poder refugiarnos en alguna isla que, desapercibida a los ojos del resto, se ofrezca para que recaemos condenándonos al aislamiento.

Volvemos entonces sobre la pregunta: ¿cómo posicionarse en educación cuando se trata de escoger entre algunos *qué* y algunos *cómo* pero no se plantea educar, y con ello dar forma a una escuela, para trascienda ambos? No estamos diciendo que no sea no solo importante, sino necesario el cuestionamiento de *qué* debe ser enseñado y aprendido y *cómo* debe llevarse a cabo este procedimiento. Lo que planteamos es *qué* hay más allá de esas preguntas.

Lo planteamos, de hecho, porque es condición necesaria para vislumbrar *qué* y *cómo* preguntarse en primer lugar *para qué*. En el *qué* que determina los objetivos que tenemos en común, las necesidades que nos interpelan individual y colectivamente y en el *cómo*

FUNDACION TATIANA

están contribuyendo nuestras prácticas a su consecución hay implícito un para qué tomamos las decisiones que tomamos, cuáles serán sus aportaciones a esos objetivos y necesidades y cuáles podrían ser las más adecuadas para lograr nuestros fines. Este ejercicio es una poderosa llamada a la imaginación, porque solo pensando en lo que no es aún podremos plantearnos otras formas de existir.

Así llegamos a determinar qué entendemos por educar cuando desechamos las posturas mencionadas tanto como la neutralidad ante ellas. Cuando imaginamos una posición que no avala el estancamiento ni se suma a la deserción.

Entendemos que educar y educarse no es sino confrontar lo que uno asume como naturalmente cierto y como determinado. No quiere esto decir que recaemos en la posverdad que todo lo pone en entredicho y que no encontremos siquiera un pilar que demos por verificado. En un mundo en el que todo es móvil, el movimiento es imposible (Bellamy, 2021). Por otro lado, lo que aceptamos como exento de crítica termina por ser una verdad inapelable sobre la que se renuncia a hacerse preguntas. Y preguntarse es asumir el viaje interno, por lo que no es posible desecharlo. No existe mayor signo de racionalidad que sabernos capaces de detectar las grietas del pensamiento propio y ejercer la crítica y la autocrítica para superarlas (Morin, 1999).

¿Cómo conservar y legar lo aprendido, entonces, y a la vez aceptar que se someta a una crítica que en algún momento podría desvelarlo como una premisa incierta? La respuesta es sencilla: someter todo lo cierto a sus propios límites es garantizar que lo verdadero es verdadero. Es no temer sus inconsistencias, es no pretender encerrar en

FUNDACION TATIANA

un cofre lo valioso para evitar que se estropee. Que se estropee es síntoma de su caducidad, mientras que la permanencia en régimen de protección implica asumir que sin tal protección llegaría el destrozo. Es, en el fondo, aceptar la mediocridad de las verdades, es ocultar bajo una pátina de falsa confianza aquello que se sabe impreciso o que se teme que se desvele como tal. Es negar el necesario diálogo con aquello que se nos ha legado como valioso (Domínguez y Espinosa, 2022).

Abogar por una postura disidente frente a la parada y al escape es aceptar el viaje y sabernos viajeros. Es creernos capaces de enfrentarlo, es entendernos como aptos para hacer el propio equipaje. Es afirmar que aquello que llevemos en la maleta no servirá a la huida ni será guardado para protegerlo del desastre, sino que será utilizado para contestar a las preguntas que el muro nos plantee en cada parada.

Aceptamos la existencia como una condición inherente a los seres humanos y que es, en sí misma, un ejercicio de cuestionamiento continuo. Aceptamos la necesidad de progresar como el derecho autónomo de cada individuo de preguntarse sobre sí mismo y, a la vez, como la necesidad común de que las respuestas sean beneficiosas para la liberación de las opresiones colectivas. Los muros no escogen a los viajeros, no hacen preguntas acordes a cada contexto. Los muros interpelan a todos los viajeros con las mismas cuestiones, con las mismas dudas, porque escritas en los muros están las reflexiones necesarias. Porque, aunque cada viajero mire hacia sus adentros, hacia su condición, hacia su identidad, lo hace compartiendo el viaje con otros viajeros que deben detenerse en el mismo lugar y hacerse las mismas preguntas.

FUNDACION TATIANA

Y es compartiendo con otros viajeros las incertidumbres, es observando cómo las enfrentan otros, cómo las plantean otras, como cada viajero es consciente de que no solo es valioso lo que lleva dentro de su equipaje sino la forma en que eso funcione cuando se pare delante del muro. Es solo siendo consciente de cómo los demás viajeros reciben esa retahíla de cuestiones, solo al lado de moradores, de príncipes, obispos, nobles, letrados en mil saberes y ciencias, cuando el viajero puede cuestionar las reacciones, puede entender lo que cada quien lleva en su maleta. Viéndose frente a otros se hará preguntas sobre sí mismo.

Es así como puede entender el proceso de elaborar un bagaje, así como puede indagar acerca de las condiciones en que cada viajero enfrenta el viaje. Y es así, ante el muro, cuando mirando hacia cada lado contemple a otros viajeros o cuando al mirar hacia dentro se contemple a sí mismo, cuando desempolvare las verdades que conserva como un pequeño tesoro y las expondrá ante las paredes. Y al hacerlo, descubrirá si eran tales. Las examinará a la luz de las preguntas y estudiará cómo se comportan. Si se sostienen o si se desmoronan, si plantean nuevas reflexiones o si las limitan. Entonces sabrá si merece la pena conservarlas o si eran solo ecos, y querrá detener el tiempo para quedarse en el asombro de lo que acaba de percibir (Willat y Buck, 2023).

Educar es, precisamente, poner a los educandos una y otra vez frente a las preguntas que están escritas en los muros. No es esperar con ellos haciendo la maleta ni tratar de protegerles de todos los males del viaje. No es retenerles para que se incorporen al caos lo más tarde posible y tampoco es imponerles la responsabilidad de intentar evitarlo. Es

FUNDACION TATIANA

concebirles como viajeros capaces, esencialmente suficientes para emprender la ruta, idóneos, todos ellos, para acompañarse en el camino. Es invitarles a educarse a sí mismos.

Porque los educandos no son los viajeros del mañana ni los de otros viajes. Son los compañeros de viaje de hoy, los de todo el resto de los viajeros. Lo son desde el mismo momento en que existen, y comparten entre sí la misma existencia, la voluntad de existir, no de sobrevivir sino de trascender, de hacer camino al andar mirándose en sus propias huellas. El objetivo de la acción de educar reside en que los propios viajeros sepan que lo son, y que no eviten pararse, sino que se hagan responsables de su propia condición y de lo que esta conlleva, que la acepten y la desempeñen con dignidad. Que afirmen que solo enfrentándose a las preguntas podrán existir. Que acepten que solo reflexionando sobre ellas podrán clarificar el camino, y que este será más seguro no cuanto más nutrido sea su equipaje, sino cuanto más coherentes sean las respuestas con la voluntad de reconocerse como viajeros.

Educar es asumir el coraje de someternos, como cualquier otro viajero, a una revisión constante de las creencias que sostienen el *para qué* de nuestra tarea. Educar es también saberse viajero, es dejarse preguntar, porque solo así se puede acompañar a otros viajeros en sus reflexiones. Es abrir el equipaje propio para exponer los pilares de nuestra labor a una revisión constante, es ponerlos al servicio del viaje, del propio y del ajeno. Es confiar en la capacidad de emprender el camino y al mismo tiempo constatar que ya lo estamos recorriendo.

FUNDACION TATIANA

Educar es, en definitiva, reconocer el valor de detenerse de la única forma en que podemos hacerlo: comprometiéndonos con nuestra condición de caminantes.

Referencias bibliográficas

- Arendt, H. (2018). *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*. Austral.
- Bellamy, F.X. (2018). *Los desheredados. Por qué es urgente transmitir la cultura*. Encuentro.
- Bellamy, F. X. (2021). *Permanecer: Para escapar del tiempo del movimiento perpetuo*. Encuentro.
- Domínguez, P. Á., y Espinosa, M. J. (2022). Aprender el valor del patrimonio histórico-educativo. Enseñar a los futuros maestros o maestras a través del museo pedagógico universitario. *Educació i Història: revista d'història de l'educació*, (39), 23-52. <https://raco.cat/index.php/EducacioHistoria/article/view/405376>
- Hargreaves, A. (2003). *Replantear el cambio educativo: un enfoque innovador*. Amorrotu.
- Herrera, J. C. y Ochoa, E.D. (2022). Análisis de la relación entre educación y tecnología. *Cultura, Educación y Sociedad*, 13(2), 49-68. <https://doi.org/10.17981/cultedusoc.13.2.2022.03>
- Ibáñez, M. J., Limón, M. R. y Ruíz-AlberdÍ, C. M. (2022). La escuela: lugar de significado y compromiso. *Teoría De La Educación. Revista Interuniversitaria*, 35(1), 47–64. <https://doi.org/10.14201/teri.27858>
- Imbernón, F. (2001). La profesión docente ante los desafíos del presente y del futuro. *La función docente*, 27-45. http://www.ub.edu/obipd/docs/la_profesion_docente_ante_los_desafios_del_presente_y_del_futuro_imbern_f.pdf
- Jancsák, C. (2019). Family accounts, narratives, social values and history education. *Studies*, 4. <http://dx.doi.org/10.14232/belv.2019.4.2>
- Longueira, S., Bautista-Cerro, M.J. y Rodríguez, J. A. (2018). La educación para el desarrollo sostenible: Sin tiempo para educar en el futuro, educando para la emergencia del presente. En *Educación en la sociedad del conocimiento y desarrollo sostenible: XXXVII Seminario Interuniversitario de Teoría de la Educación* (pp. 19-56). Universidad de La Laguna. <http://riull.ull.es/xmlui/handle/915/11637>
- Luri, G. (2020). *La escuela no es un parque de atracciones*. Ariel.
- Morales, R. E., y Rodríguez, P. R. (2022). Retos y desafíos en la Educación Superior: una mirada desde la percepción de los docentes. *Education in the knowledge society: EKS*. <https://doi.org/10.14201/eks.26420>
- Morin, E. (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Paidós.
- Pagès, A. (2023). Cuando se educa hay que saber desde dónde se habla. *Teoría de La Educación. Revista Interuniversitaria*, 35(1), 39–46. <https://doi.org/10.14201/teri.29631>
- Rovirosa, M. B. (2014). Entrenar hoy las habilidades de mañana. *Journal of Parents and Teachers*, (355), 11-15. Recuperado a partir de <https://revistas.comillas.edu/index.php/padresymaestros/article/view/2615>
- Sanmartín, C. (2023). Educación, sentimiento, valor. *Journal of Neuroeducation*, 3(2), 35-46. <https://doi.org/10.1344/joned.v3i2.40773>
- Savater, F. (2001). El valor de educar. *Educere*, 5(13), 93-102.

XI Concurso de Ensayo Pedagógico GIAFE



Ensayo Pedagógico sobre
“La educación fotografiada.
Ensayo a partir de una imagen”



FUNDACION TATIANA

- Seidmann, S. (2022). Educación, cultura y valores sociales a lo largo de la dimensión temporal. *Revista Educação e Cultura Contemporânea*, 19(58), 222-232. <http://periodicos.estacio.br/index.php/reeduc/article/view/10810/47968314>
- Tedesco, J. C. (2007). Los pilares de la educación del futuro. *Revista Iberoamericana de Educación*, 43(5), 1-4. <https://doi.org/10.35362/rie4352298>
- Thoilliez, B. (2019). Vindicación de la escuela como espacio para el desarrollo de experiencias democráticas: aproximación conceptual a las prácticas morales de reconocimiento y respeto. *Educación XX1*, 22(1), 295-314, doi: 10.5944/educXX1.21657
- Thoilliez, B. (2022). Conservar, legar, desear. Prácticas docentes edificantes Para Restaurar el Carácter Público de la educación. *Revista de Educación* (395). <https://doi.org/10.4438/1988-592X-RE-2022-395-527>
- Villalobos-López, J. A. (2022). Metodologías Activas de Aprendizaje y la Ética Educativa. *Revista Tecnológica-Educativa Docentes 2.0*, 13(2), 47-58. <https://doi.org/10.37843/rted.v13i2.316>
- Willatt, C. y Buck, M. F. (2023). Estudiar en la era digital. Un ensayo crítico y fenomenológico. *Teoría De La Educación. Revista Interuniversitaria*, 35(1), 123–141. <https://doi.org/10.14201/teri.28279>